

Título: Remedios y sus recetas

Hay gente que aprovecha la noche para escribir porque se siente inspirada y porque el silencio de las tres de la mañana le parece especial para dar rienda suelta a su imaginación. Yo escribo desde hace años, pero ni la noche me parece especial ni el silencio de la madrugada me embriaga, más bien todo lo contrario. La noche debería ser para tumbarse en la cama con la mirada fija en el techo y un único objetivo: soñar. Bien es cierto que a las ocho de la mañana los sueños suelen desvanecerse de un plumazo cuando suena el despertador, los niños empiezan a pulular por la casa y tu marido emite el último de sus ronquidos. No escribo porque lo haga bien ni por mi profesión, tampoco me vuelve loca, simplemente cuando una tiene que pasarse ocho horas en el sofá porque no consigue conciliar el sueño por la migraña escribir es una tarea más para matar el tiempo. Cuando empecé a sufrir migrañas me dio por cocinar postres. Yo no me los comía, pues soy más de salado, pero mis hijos se pusieron como un tonel al cabo de los pocos meses porque se encontraban tres o cuatro tartas todas las mañanas cuando se levantaban. Opté por dejar la repostería porque Kike y Sonsoles estaban demasiado frondosos y aunque ni mucho menos soy una madre plomo de esas que agobia a sus hijos dándoles brócoli y zanahorias, tampoco me gustaba verles tan lozanos. La repostería la reemplacé por la lectura de enciclopedias. Después de estar un rato en la cama con mi marido para cumplir (estoy planteándome dejarle, pero de momento para salir del paso me vale porque no me da guerra, aunque es muy rancio) me sentaba en el suelo del salón con una copa de vino, dos paracetamol para mi cefalea y la Larousse. Me encantaba todo lo que aprendía porque después, en el trabajo, en el cine, charlando con mis amigos o en el momento menos pensando, aparecía sin darme cuenta. Alguien mencionaba una ciudad remota, una guerra acaecida muchos siglos atrás o el nombre de un político de Guinea Bissau y yo sabía a qué se refería. De todas maneras, del

mismo modo que había dejado la repostería, deje la lectura de enciclopedias porque me convertí en un marisabidilla repelente. En las cenas nadie se sentaba a mi lado y me pusieron el apodo de “Tere la gafapasta”. Una vez rechazadas la repostería y la lectura de enciclopedias, empecé a escribir pequeños relatos. Aunque a menudo la intensidad del dolor de cabeza y el hormigueo por piernas y brazos me impedían si quiera teclear dos letras en el ordenador, cuando conseguía hacerlo me sentía mejor conmigo misma porque era una especie de terapia en la que echaba porquería y analizaba mis miedos y demonios internos. Una vez al mes acudía a mi médico para que me recetase algo más fuerte para combatir la migraña. Era un profesional de muy buen ver, sueco de nacimiento, alto, fornido, con los bíceps bien desarrollados. Reconozco que el dolor de cabeza casi desaparecía solo con contemplar su belleza e imaginármelo en mi cama haciéndome gozar como una perra. Era rubio, casi albino. Los y las pacientes con migraña prefieren a sus neurólogos o neurólogas rubios o rubias. Lo tengo claro. Debe de ser que la cefalea nos hace no pensar adecuadamente, pero todos mis conocidos me comentan siempre que si su neurólogo es moreno el dolor no se va. Si, por el contrario, es rubio, la molestia desaparece. Misterios. Mi neurólogo solía decirme que no había solución, que era algo genético y que debía relajarme ¡Qué mal me sienta que un médico me diga que me relaje! Me hace verme como una histérica a la que mandan una tila. Reconozco que soy un poco neurótica, pero es uno de mis encantos. Por eso no aguanto a mi marido, porque es un encefalograma plano, pero como he dicho antes es tan soso que tengo la sensación de que no existe. Sé que puede parecer que mi dolor de cabeza no era tan agudo porque os estoy hablando de una serie de cosas que pueden sonar erótico-festivas y hasta frívolas, pero nada más lejos de la realidad. Soy una mujer muy optimista y alegre que aunque esté pasándolo realmente mal jamás transmite a los demás ese sufrimiento. Pero claro, no soy Gandhi, y en el fondo ya estaba harta de

buscar infructuosamente un remedio contra mi migraña. Desde pequeña me ha atraído mucho el mundo de lo paranormal. Cuando era una cría, solía hacer espiritismo en casa cuando mis padres se iban a dar un paseo. Recuerdo que una vez mi madre me pilló con un tablero ouija que me había costado 3.000 pesetas, una barbaridad en aquellos tiempos, y me lo tiró a la basura. ¡Jamás la perdonaré por ello! Un día que no fui a trabajar porque la noche había sido especialmente dura salí a la calle a dar un paseo y me acerqué hasta la tienda de Remedios, que regentaba un local que valía para un roto y para un descosido. Te podían echar las cartas, ponerte un lingotazo de güisqui o venderte tres filetes de ternera. En tiempos de crisis, hay que diversificar el negocio. Remedios, muy perspicaz con la economía, había notado que cuando la gente pasa apuros financieros quiere creer en algo, así que habilitó una parte del establecimiento como una biblioteca esotérica. Tras charlar un rato con Remedios y tomarme un carajillo, me quedé sola en la nueva sección. Estaba esperándome entre ejemplares varios de filosofía zen y feng shui. De lomo rojo y letras doradas, su título me impactó: “Dolor de cabeza, brujería y otras faltas de ortografía”. *3 euros, oferta de la semana*, podía leerse en una pequeña etiqueta. ¡Remedios estaba en todo, hay que ver! Como si fuera un adolescente que alquila una película porno por primera vez y quiere salir del videoclub lo más rápidamente posible, pagué los tres euros y volví a casa corriendo con el libro entre mis manos. “En el siglo XVII, la noche de Walpurgis estaba llamada a ser el comienzo del reinado del mal en el mundo occidental por las brujas de Centroeuropa. Fue una noche aciaga en la que Irina, la maestra de las brujas, arrojó en una cazuela llena de cabezas de cordero un manuscrito con el sortilegio que permitiría al mal adueñarse de la civilización. Pero algo salió mal”. El comienzo del libro era prometedor. Siempre me habían gustado las historias de elfos, duendes y demás criaturas del bosque, lo que se unía a que en el fondo era un poco médium. ¡Si mi madre

no me hubiese roto la tabla ouija, otro gallo habría cantado! “Irina, de casi 334 años, se equivocó al escribir en el papel el hechizo. Su avanzada edad y la mezcla de dialectos que hablaba hicieron que cometiese varias faltas de ortografía en el texto, confundiendo la palabra Gruk, maldad en húngaro, con Bruk, dolor en rumano, y Lolg, demonio en húngaro, con Molg, cabeza en rumano”. El libro explicaba que a partir de ese momento, en las postrimerías del siglo XVII, el dolor de cabeza se había adueñado de entre el 12 y el 16% de la población y que afectaba en especial a las mujeres, herederas de las brujas comandadas por Irina en esa noche de rituales de hace casi 400 años. En su error ortográfico, la entente maldad-demonio había sido reemplazada por el combinado dolor-cabeza. A continuación enumeraba una serie de hechizos y sortilegios para solventar el error que había cometido Irina, aunque la mayor parte de ellos eran bastante inviables. Encontrar en pleno Madrid diente de sapo moteado de Sri Lanka y semen de efebo de los Mares del Sur resultaba un poco complicado. De todos modos, presa de un arrebato inexplicable, comencé un relato basándome en las enseñanzas del libro de la tienda de Remedios. Escribía de noche, tratando de mitigar mi dolor de cabeza. En el trabajo e incluso en el autobús o caminando por la calle mi mente iba estructurando cómo sería el siguiente capítulo. Lo más seguro es que fuese fruto de mi imaginación desbordante o del aburrimiento que me asaltaba al llegar a casa, pero estaba muy indignada al pensar que debido a una bruja centroeuropea que se había equivocado hace cuatro siglos por su demencia senil yo padecía un dolor de cabeza crónico. Bien es cierto que si no se hubiera confundido el mal se habría adueñado de todo el mundo, las cosas como son, pero ese argumento solía obviarlo apenas entraba en mis pensamientos. ¡Pa chula, yo!

Una tarde, después de dar de merendar a mis hijos, me llegó un correo electrónico de una página a la que estaba suscrita en el que se hablaba de la importancia de la noche. Al parecer, está relacionada con el concepto de lo infinito. La letra “N” es el símbolo

matemático de infinito y el ocho acostado también simboliza lo mismo. Se da la casualidad que en varios idiomas europeos, entre ellos el español, la palabra noche está escrita por la “n” seguida de una variante de la palabra “ocho”: noche, night, nuit, notte.

A partir de las doce, me convertía en una escritora apasionada. Arrinconada en el sofá, con el portátil sobre las piernas y varios libros de esoterismo a mi vera daba rienda suelta a mi imaginación. Se me ocurrió al término del último capítulo confeccionar una frase retando a Irina: Nopte Gruk Bruk Molg (noche, maldad, dolor, cabeza). Remedios me había comentado que podía revertir el error cometido hace cuatro siglos en mi propio beneficio. No soy Rappel ni la bruja Lola, solamente era una mujer harta de sufrir un dolor de cabeza constante que había encontrado una vía de escape dentro de su vida monótona y rutinaria para hacer algo diferente. Si la noche era sinónimo de lo infinito, ¿por qué no mandar a lo infinito a la maldad y al dolor de cabeza? ¿por qué no hacer que desapareciesen para siempre y permanecieran vagando por la eternidad en el limbo? De eso hace ya cuatro años. Sí, me descubriré, soy Mari Carmen Sistiaga, la famosa escritora de relatos paranormales basados en el mundo de la brujería y su relación con las migrañas. De hecho, Álex de la Iglesia me entrevistó en profundidad para adquirir ideas en “Las brujas de Zugarramurdi”. Mis dolores de cabeza continúan, pero ahora me los provoca la maldita editorial que quiere exprimirme hasta el último céntimo. Gracias a la escritura, a ser yo misma y a ver el mundo de otra manera utilizando mi imaginación conseguí que las cefaleas que me asaltaban todas las noches desaparecieran. A ver, siguen ahí, pero ahora he aprendido a hacer hechizos y las tengo controladas. Y, si me agobio, siempre me queda acudir a la consulta del chulazo de mi neurólogo rubio.